

Pablo Martín

Otto Waltser, coleccionista de paseos

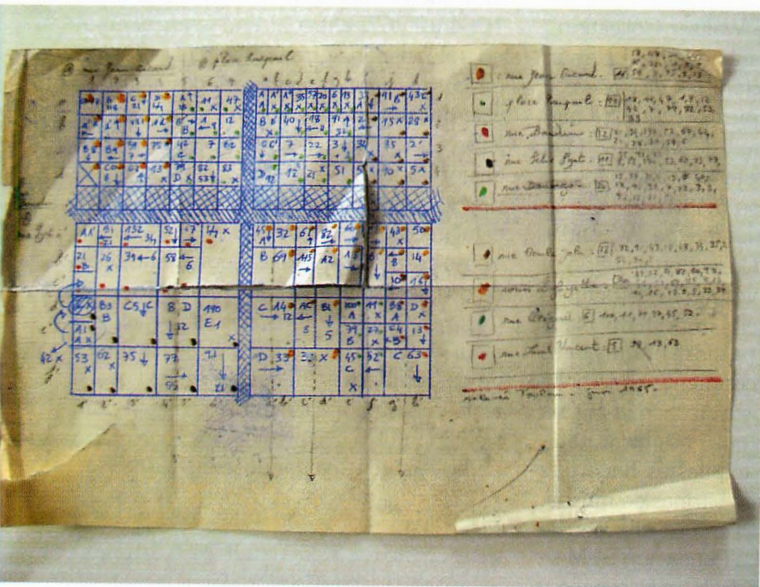
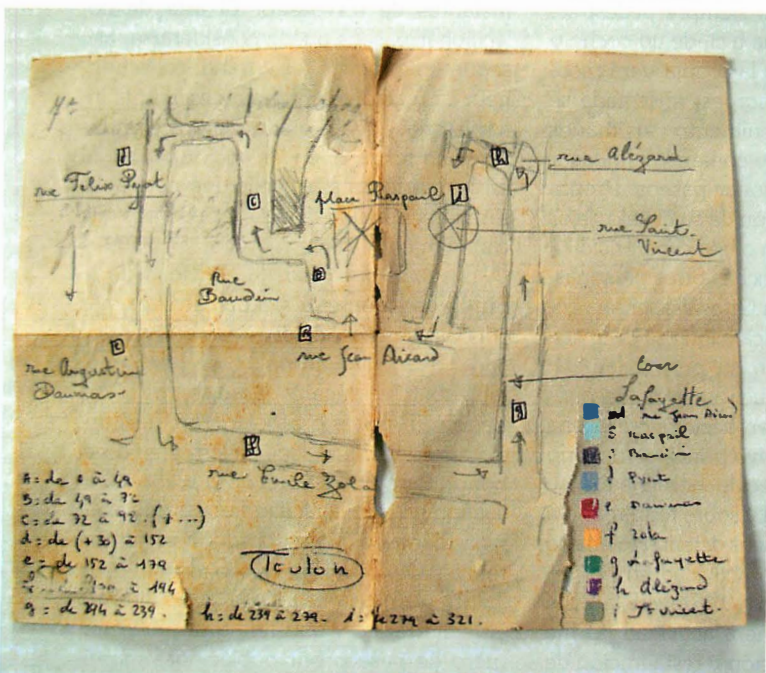
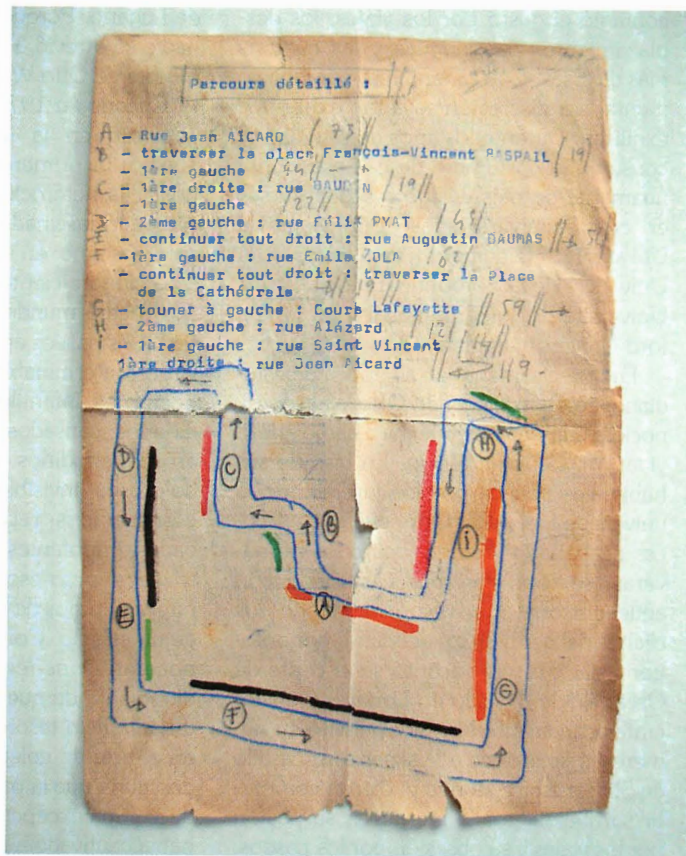
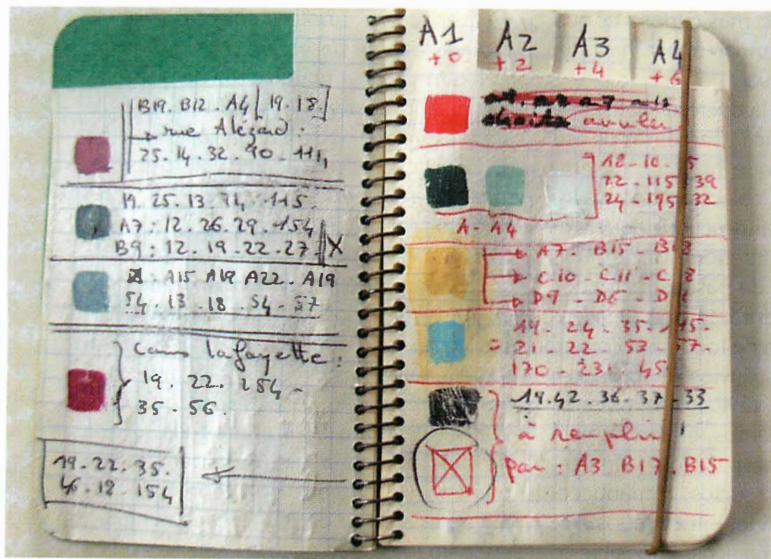
“Je ne puis méditer qu'en marchant; sitôt que je m'arrête, je ne pense plus, et ma tête ne vas qu'avec mes pieds”, Jean-Jacques Rousseau, *Confessions*

La primera vez que vi a Vera Waltser fue en Barcelona, en casa de unos amigos. “Si el andar es tan antiguo como la historia misma de la humanidad –fue lo primero que le oí decir–, el paseo es hijo de la Ilustración”. Luego siguió disertando durante un buen rato, mientras todos sucumbíamos al influjo de sus palabras. Y si algo me quedó claro después de aquella conversación es que el paseo, entendido como actividad cultural deliberada –y no como simple medio para alcanzar un fin–, no apareció en Europa hasta los tiempos de Rousseau. En aquella época, una serie de paseantes célebres pretendieron legitimar su afición remontándose a la Grecia antigua, en una exaltada muestra de veneración poco respetuosa con la verdad histórica. Entre ellos se encontraba el excéntrico John Thelwall, escritor y revolucionario inglés que publicó un voluminoso ensayo titulado *The Peripatetic* (1793), en el que relacionaba el romanticismo de inspiración rousseauiana con una tradición clásica que hoy se nos antoja apócrifa: “En un aspecto puedo jactarme de cierta semejanza con los sabios de la Antigüedad –llegó a escribir–: yo también medito mientras camino”. Así nos lo explicó, al menos, la doctora Vera Waltser (Ginebra, 1945), antropóloga, escritora y nieta de Otto Waltser, coleccionista de paseos.

Tras aquel encuentro revelador, conseguí hacerme con un ejemplar de su magnífico libro *Dans les marges. Tentative d'épuisement de l'art de la promenade*, de próxima aparición en Nicole Crème

Éditions, en el que Vera Waltser habla extensamente del arte de coleccionar paseos. Y, como no podía ser casi de otro modo, su abuelo se convierte en el protagonista de la obra y a él pertenecen las palabras que reproduce el epígrafe: “Idéalement, se promener est un état où l'esprit, le corps et le monde se répondent, un peu comme trois personnages qui se mettraient enfin à converser ensemble, trois notes qui soudain composeraient un accord. Marcher nous permet d'habiter notre corps et le monde sans nous laisser accaparer par eux. Nous sommes libres, alors, de penser sans pour autant nous perdre entièrement dans nos pensées”.

Según cuenta su nieta, Otto Waltser (Lugano, 1897 - Marly-les-Valenciennes, 1975) fue una de esas personas de timidez y discreción tan acusadas que podría pensarse que dedicaron su vida a intentar pasar desapercibidas. Jamás escribió un diario íntimo ni nada que se le pareciera y todo lo que sabemos de su existencia (aparte de su colección de paseos, de la que me ocuparé más adelante) es un puñado de datos que apenas sirven para esbozar una biografía íntima. Incluso sus familiares más cercanos conservan de él un recuerdo vago, el de un ser silencioso que llevó una vida ordinaria hasta la muerte de su esposa. Nacido en el seno de una familia acomodada, hijo de un embajador, pasó su infancia y su adolescencia de casa en casa y de país en país, lo que nos puede llevar a pensar con toda lógica que fue esta vida trashumante la que le



Imágenes cortesía de la SIM Fundación

contagió el gusto por los viajes, los desplazamientos, las lenguas y las culturas más diversas; y quizá también, paradójicamente, esa discreción suya tan extrema y exquisita. Durante los años de estudiante, conservó la costumbre de cambiar continuamente de país y llegó a seguir cursos en cuatro universidades distintas: en la Universität Heidelberg (Alemania), en la Université de la Sorbonne (Francia), en la Università di Bologna (Italia) y en la Oxford University (Inglaterra).

Fue precisamente en su época de estudiante en Oxford cuando Otto Waltser conoció a una persona que iba a cambiarle la vida: Mr. Leopold Moon. En uno de sus habituales paseos por los jardines de la universidad, el joven Otto, que por entonces acababa de cumplir veintidós primaveras, se topó casi por casualidad con aquel personaje que respondía a todos los clichés del gentleman, del dandi por antonomasia, casi un trasunto senescente de Oscar Wilde. Nacido en Londres y aristócrata acaudalado, Mr. Moon invitó en numerosas ocasiones a Waltser a su castillo de Staffordshire, donde pudieron compartir su afición por la literatura, su pasión por los viajes y su obsesión por los paseos. Ya en el ocaso de la vida, Mr. Moon encontró en Otto Waltser al hijo que nunca había tenido, y la correspondencia que desde entonces mantuvieron deja entrever la admiración mutua entre dos hombres tan distintos y tan parecidos a la vez. El 11 de agosto de 1921, día de su vigésimo cuarto aniversario, aquel gentleman de cabello plateado le regaló a Otto un planisferio antiguo y copiosamente anotado, que se convertiría en el origen de su pasión por el arte de coleccionar paseos. Pocos meses después, Waltser se casaba en Lugano con Imga Shepherd y Mr. Moon moría a bordo de un velero que atravesaba el Atlántico rumbo a Nueva York.

La muerte de su amigo y mentor llevó a Otto Waltser a inaugurar en secreto su colección de paseos. Y lo que empezó como un pasatiempo, terminó absorbiéndole por completo durante los últimos veinte años de su vida: tras quedarse viudo en 1955, abandonó su residencia de Lugano y se dedicó a recorrer el mundo. Regularmente escribía a su hija y a sus amigos más íntimos, pero en las cartas hablaba poco de sí mismo y prefería describir los lugares por los que pasaba o las personas que iba conociendo. Sin embargo, aquellas cartas iban acompañadas generalmente de paquetes, unos paquetes que contenían cajas de formas y dimensiones diversas, destinadas a ir acumulando polvo en una habitación de la casa

de Lugano. Porque lo más curioso es que nadie se atrevió a abrirlas nunca hasta la muerte de Otto Waltser.

Cuando en 1975 la doctora Waltser se convirtió en la única heredera de su abuelo, lo primero que hizo fue desempolvar la heteróclita colección de cajas y se quedó fascinada al descubrir aquel regalo póstumo: en su interior encontró una colección de cientos de paseos realizados por medio mundo durante una vida entera. Los paseos eran de todo tipo: cortos, largos, interminables, lluviosos, aburridos, nocturnos, infantiles, nostálgicos, extraordinarios, cansados, lentos, literarios, peligrosos, anodinos, inesperados, vulgares, dolorosos, invisibles, sucios, románticos, desesperados, repetidos, inventados, robados, impotentes, mágicos, imposibles o trágicos; pero eso sí: siempre pedestres, nunca a lomos de una bici, de un coche o de un caballo. Como la propia Vera reconoce en *Dans les marges*, enseguida se dio cuenta de que tenía entre sus manos un auténtico tesoro y comenzó a indagar en el arte de coleccionar paseos. Pronto descubrió que la pasión de su abuelo, lejos de ser una excepción o una excentricidad, había cautivado a muchas otras personas, que mantuvieron con Otto Waltser una correspondencia más rica e intensa de la que éste jamás tuvo con su propia familia. Pero no fue hasta mucho tiempo después cuando Vera Waltser decidió crear una fundación cuyo objetivo principal fuese no solo rendir un merecido homenaje a su abuelo, sino también y sobre todo reunir a coleccionistas de paseos del mundo entero y mantener viva una actividad en peligro de extinción. Así, en 1998 nació la SLM Foundation y su primera actividad no fue otra que la catalogación y restauración de los fondos de lo que a partir de entonces se conocería como la Waltser Collection.

Sin embargo, el carácter por lo común discreto de los coleccionistas de paseos y la fragilidad de las piezas reunidas han hecho que la actividad de la SLM haya sido casi invisible hasta la fecha. No fue hasta el año 2008, con motivo del décimo aniversario del nacimiento de la Fundación, que la Waltser Collection se abrió al público por primera vez: el 24 de octubre pudo verse en Marsella la primera pieza de su colección de paseos, el que Otto Waltser realizara precisamente en la bulliciosa ciudad de la Costa Azul en la misma fecha de 1965. Y es que la singular naturaleza de las piezas expuestas hace que éstas no se ofrezcan en vitrinas de museo, sino en el lugar exacto en que el paseo se produjo: en la calle. La Fundación SLM se dedica, pues, a reconstruir, paso a paso y minuto a minuto, los paseos que Otto

Waltser realizó, anotó y coleccionó en su dilatada vida de paseante.

No me cabe ninguna duda de que, gracias al laborioso y entusiasta trabajo de la doctora Vera y de su Fundación, la figura de Otto Waltser va a adquirir en los próximos años una enorme notoriedad, y no solo por ser el responsable de una de las colecciones de paseos más extraordinarias que existen, sino por haber sido el primero en convertir el paseo en un arte con todas sus letras: y, lo que resulta aún más sugerente, en una forma de autobiografía. Porque, en el fondo, la actividad que Otto Waltser llevó a cabo durante toda su vida no deja de ser un acto eminentemente poético: la tentativa de reconstruir una biografía a partir de esos instantes nimios en los que parece que no pasa nada. Los instantes de un paseo. El arte de coleccionar paseos puede considerarse, así, según lo practicó el “grand collectionneur”, un acto voluntario de escribir la infrahistoria, aquella que no aparece en los libros de texto, ni en las enciclopedias, ni en los periódicos. Aquella que pertenece simplemente al hecho de ser cuerpos que caminan entre otros cuerpos.

En cualquier caso, la actividad de la SLM Foundation está siendo cada vez más conocida y reconocida: tras recorrer ciudades de media Europa y cosechar un notable éxito en lugares tan dispares como Leuven (Bélgica) o Stockton-on-Tees (Inglaterra), el último lugar que ha tenido el honor de recibir la visita de la Waltser Collection ha sido la ciudad francesa de Toulon. El paseo que reproduce es el que realizó Otto Waltser el 15 de junio de 1965 y pertenece a una serie titulada “Méditerranée”, que reúne un buen número de paseos por poblaciones marítimas que el abuelo de Vera recorrió entre 1964 y 1967, entre las que se encuentran no solo ciudades francesas como Toulon o Marsella, sino también griegas, yugoslavas, italianas o españolas. Precisamente, la próxima exposición europea de la Fundación (antes de partir hacia Latinoamérica) tendrá lugar en Figueras, en la costa catalana, antes de que finalice el 2010 (1). Yo no pienso perdérmela, porque no dudo de que será una experiencia reconfortante y extraña a la vez recorrer las huellas que alguien dejó en la ciudad de Dalí hace más de cuarenta años... Así que espero que si alguien pasa por allí durante la exposición, sienta también la curiosidad de acercarse a verla. Aunque sea dándose un paseo. ◀▶

Nota

(1) Al cierre de este número, la fecha exacta de la exposición aún no había sido concretada.